

James A.

Michener

Alaska



Interesante novela que nos cuenta los secretos de la fascinante y quizás inaccesible Alaska: sus leyendas, sus habitantes y su vida, las maravillas naturales que ahí residen.

En esta épica arrolladora de la frontera norteña de Estados Unidos, James A. Michener nos guía a través del feroz terreno e historia de Alaska, desde el pasado largamente olvidado hasta el bullicioso presente. Mientras sus personajes luchan por la supervivencia, Michener entrelaza los puntos más emocionantes de la historia de Alaska: sus orígenes brutales; la adquisición estadounidense; la fiebre del oro; el tremendo crecimiento y la explotación de la industria del salmón; la ardua construcción de la Autopista Alcan, emprendida para defender el territorio durante la Segunda Guerra Mundial. Un retrato fascinante de una comunidad humana que lucha por establecer su lugar en el mundo, Alaska traza una audaz y majestuosa saga del espíritu perdurable de una tierra y su gente.

REALIDAD Y FICCIÓN

Aunque esta novela se basa en hechos reales, incluye acontecimientos, lugares y personajes ficticios. Los párrafos siguientes aclaran algunos aspectos:

I. Formaciones rocosas. Los diferentes conceptos geológicos que aparecen en este capítulo se han desarrollado y comprobado durante las últimas décadas, pero aún pueden perfeccionarse. La historia exacta de las distintas formaciones rocosas de Alaska aún no está completamente determinada; en general se aceptan los puntos básicos, como la existencia, génesis, movimiento y colisiones de las placas. Ésta es la única explicación posible de los violentos fenómenos que se producen en las islas Aleutianas.

II. Beringia. Se trata de una teoría geológica ampliamente aceptada, y se cree, además, que en los próximos veinticinco mil años Beringia volverá a surgir. En general, se admiten las migraciones de animales desde Asia hasta América del Norte, pero se discute la existencia y el funcionamiento del pasaje libre de hielo hacia el resto de América del Norte. Parece irrefutable que los mastodontes llegaron mucho antes que los mamuts.

III. Llegada de los humanos. Las huellas más antiguas de la existencia de seres humanos en Alaska parecen encontrarse en una pequeña isla, situada frente a las Aleutianas, cuyo origen se estima posterior al año 12 000 AEA (Antes de la Era Actual). En Canadá, California, México y América

del Sur se han hallado otros controvertidos restos, de mayor antigüedad, por lo que varios estudiosos sitúan la llegada de los humanos a Alaska ya en los años 40 000 y 30 000 AEA. Sea cual sea la fecha, parece incuestionable que el orden fue el siguiente: los *atapascos* llegaron primero, los esquimales mucho después y, finalmente, los *aleutas*, que probablemente eran una rama de los esquimales. Es casi seguro que los *tingits*^[1] descendían de los *atapascos*.

IV. Rusos, ingleses y americanos. El zar Pedro el Grande, Vitus Bering, George Steller y Alexei Chirikov son personajes históricos, cuyas acciones se han descrito con bastante fidelidad. El capitán James Cook y los oficiales William Bligh y George Vancouver estuvieron por esa época en Alaska y en las islas Aleutianas, pero en la novela se los sitúa en un marco imaginario y también son inventadas las citas de sus cuadernos de bitácora. El buque estadounidense *Evening Star*, Noah Pym y toda su tripulación son ficticios, al igual que la isla de Lapak. El fusilamiento experimental de ocho *aleutas* ocurrió en la realidad.

V. La religión ortodoxa rusa y el chamanismo. Los hechos religiosos son auténticos, pero todos los personajes religiosos pertenecen a la ficción. Son reales asimismo los datos referidos a la colonización de la isla Kodiak. Aleksandr Baranov, por su parte, es un personaje histórico de gran relevancia.

VI. La colonización de Sitka. Kot-le-an fue un verdadero jefe *tingit*, mientras que Corazón de Cuervo es imaginario. El príncipe Dmitri Maksutov, el barón Edouard de Stoecki y el general estadounidense Jefferson C. Davis son personajes reales fielmente representados. El padre Vasili Voronov y su familia no existieron realmente, aunque sí hubo en la zona un heroico sacerdote ortodoxo que fue convocado a

San Petersburgo y se convirtió en el Arzobispo Metropolitano de Todas las Rusias.

VII. El período del caos. El capitán Michael Healy y el doctor Sheldon Jackson son personajes históricos. El Bear fue un barco real, tal como se lo describe. El capitán Emil Schransky y su Erebus son imaginarios. En cambio, las dificultades legales de Healy y Jackson se dieron en la realidad.

VIII. La fiebre del oro. Soapy Smith, de Skagway, y Samuel Steele, de la Policía Montada del Noroeste, al igual que George Carmack y Robert Henderson, descubridores de las minas de oro del Yukón, existieron en la realidad y eran tal como se los retrata. Todos los demás personajes son imaginarios. Las dos rutas hacia las minas de oro, la del río Yukón y la del paso Chilkoot, han sido descritas con fidelidad.

IX. Nome. Todos los personajes son imaginarios. La aventura en bicicleta desde Dawson hasta Nome se inspira en un viaje real.

X. Salmones. Todos los personajes pertenecen a la fantasía; sin embargo, los detalles sobre el funcionamiento de la industria del salmón en los primeros años del siglo XX se basan en relatos históricos. El papel de Ross Raglan en la navegación, el comercio y la industria conservera de Alaska es una invención y no está inspirado en ninguna empresa real. El río y el lago Pleiade son imaginarios, así como la fábrica de conservas situada en el estuario del Taku, lugar que sí existe en la realidad.

XI. El valle Matanuska. Los personajes estadounidenses son imaginarios, pero es histórica la localización, así como el relato de su colonización y desarrollo. Los datos relativos a la invasión japonesa de las islas Aleutianas pertenecen

también a la historia. Los detalles sobre las reclamaciones de tierras del año 1971 ocurrieron tal como se relata.

XII. El Cinturón de fuego. Todos los personajes son imaginarios, en especial los expertos japoneses y rusos de las prospecciones instaladas en Alaska. La joven maestra y los dos abogados que trabajan en la Vertiente Norte son totalmente inventados y no tienen ninguna relación con personas reales. El equipo de escaladores japoneses es imaginario, aunque se narra una ascensión real. La isla de hielo flotante T-3 es auténtica y funcionaba tal como se ha descrito; la T-7 es imaginaria. Los datos sobre los maremotos originados en Alaska son ciertos y, aunque esta novela se cierra con el relato de un maremoto imaginario, en cualquier momento podría convertirse en realidad. Los detalles sobre la vida esquimal en la aldea imaginaria Punta Desolación se inspiran en la realidad. La carrera Iditarod se celebra todos los años y la Ley Jones de 1920 aún envía cruceros a Vancouver antes que a Seattle.

I. FORMACIONES ROCOSAS EN COLISIÓN

Hace unos mil millones de años, mucho antes de que los continentes se separaran y formasen los antiguos océanos, antes incluso de definirse sus contornos, en el extremo noroccidental de lo que más adelante sería América del Norte, sobresalía una pequeña protuberancia. No había en ella ni montañas elevadas ni costas adustas, pero estaba firmemente arraigada en una base de roca sólida y así seguiría, adherida para siempre a la América del Norte primitiva.

Su posición, que se mantenía fija en relación con la masa continental mayor, no permaneció mucho tiempo en el extremo noroccidental ya que, como demuestran las investigaciones realizadas a mediados del siglo X) los accidentes de la superficie terrestre reposan sobre grandes placas subterráneas que se mueven sin pausa, ocupan a veces una posición y a veces otra, y con frecuencia colisionan unas con otras. En aquellos tiempos remotos, la futura América del Norte giraba y se desplazaba a un ritmo marcado: a veces, el saliente se encontraba en el este; otras, en el norte; o, incluso, en el sur lejano. Durante un largo período funcionó como un Polo Norte provisional del planeta. Pero más adelante se desplazó hasta cerca del ecuador y disfrutó de un clima tropical.

En realidad se trataba de un fragmento adherido a una masa de tierra que vagaba sin sentido, aunque mantenía una relación constante con lo que serían algunos de los futuros continentes, como Europa y, especialmente, Asia, con

la que llegaría a estar estrechamente unida. No obstante, la observación del movimiento seguido por este pequeño saliente rocoso adherido a la masa mayor no hubiera permitido prever su posición actual.

En el futuro, este persistente fragmento se convertiría en la raíz de Alaska, pero hasta mucho después de este primer período formativo no fue nada más que el núcleo ancestral al que se irían incorporando posteriormente partes más importantes de Alaska.

Hace unos quinientos millones de años, durante una de esas interminables vueltas y revueltas, el núcleo se situó durante un tiempo en la posición aproximada que Alaska ocupa ahora, es decir, cerca del Polo Norte; sería interesante intentar imaginar cómo era en esa etapa. La superficie de la tierra, que se hallaba en un período de calma tras sufrir durante milenios cambios violentos, no alcanzaba gran altura en relación con la de los mares circundantes, los cuales aún no se habían separado para formar los océanos actuales. El relieve era bajo, sin montañas altas, y el pequeño promontorio que era entonces Alaska carecía de vegetación, dado que todavía no se habían desarrollado los árboles ni los helechos. En esas latitudes, en invierno, se producía un fenómeno característico, incluso hoy en día, del norte de Alaska: nevaba muy poco. A su alrededor el mar estaba casi siempre congelado y generaba tan pocas precipitaciones que en la zona no podían producirse las grandes ventiscas que azotaban otras partes de lo que entonces era el mundo; y el viento aullante arrastraba de un lado a otro la escasa nieve que caía, para depositarla suavemente en algunas zonas mientras en otras quedaba la tierra al descubierto.

Entonces, como ahora, en invierno la noche se prolongaba. Durante seis meses el sol aparecía a muy baja altura en el cielo, si es que llegaba a aparecer, mientras que durante los seis meses de verano, de deslumbrante calor, el sol se ponía sólo durante breves períodos. Con una humedad relativa menor que la actual, la variación de temperatu-

ra resultaba extrema: pasaba de los 49 grados en verano, a los 89 grados bajo cero en invierno. Como consecuencia de ello, las plantas (que no se parecían en nada a las que ahora nos son familiares) para crecer debían adaptarse a una fluctuación tan intensa: los musgos prehistóricos, los arbustos bajos de raíces profundas, poca estructura superior y hojas casi inexistentes, y los helechos que lograban adaptarse al frío, se aferraban a la tierra escasa con sus raíces hundidas en las grietas abiertas en la roca.

Por esa zona no vagaba ningún animal parecido a los actuales, porque los grandes dinosaurios pertenecían aún a un futuro lejano, y en cuanto a los mastodontes y los mamuts, que posteriormente serían los reyes del lugar, habían de pasar milenios antes de que se iniciase su evolución. Sin embargo, sí había comenzado ya la vida como tal y, en la mitad sur del pequeño promontorio, ciertas formas primitivas de vida abandonaban el mar para probar suerte en la tierra.

En ese tiempo indefinido y remoto, la pequeña Alaska estaba en suspenso, sin saber con certeza hacia dónde se desplazaría el continente madre, cómo sería su clima ni cuál su destino. No era nada más que potencia. Podía convertirse en multitud de cosas diferentes; podía adherirse a uno cualquiera de tres continentes distintos y, cuando su núcleo original creciera, podría desarrollar posibilidades extraordinarias.

Más adelante erigiría grandes montañas, las más altas de América del Norte. Acumularía glaciares inmensos, sin igual en todo el mundo. Antes de la llegada del hombre, albergaría durante algunas generaciones a los animales más majestuosos. Y cuando por fin sirviera de anfitriona a unos seres humanos errantes, llegados desde algún lugar lejano, quizá de Asia, se convertiría en la residencia de algunos de los pueblos más apasionantes de la Tierra: los *atapascos*, los *tingits* y, mucho después, los esquimales y los *aleutas*.

La primera cuestión que se plantea es cómo ese pequeño núcleo original pudo acumular la gran cantidad de fragmentos de tierra rocosa que, con el tiempo, se unirían hasta formar la Alaska que hoy conocemos. El núcleo, como una araña que aguarda para atrapar la mosca al vuelo, se mantenía pasivo, pero aceptaba cuanta formación rocosa (esos conglomerados de rocas, de tamaño considerable y movimiento aventurero) se pusiera a su alcance. ¿Cuál era el origen de esas formaciones? ¿Cómo podían desplazarse unos bloques tan grandes? Cuando se movían, ¿por qué se dirigían hacia el norte, rumbo a Alaska? ¿Y qué pasó cuando chocaron con el núcleo original y sus estribaciones?

La explicación constituye una historia de sutil complejidad, por el maravilloso movimiento seguido por las formaciones rocosas, pero también de gran violencia por los cataclismos que genera la colisión de una formación en movimiento contra algo fijo. La Tierra nos ofrece, con este período de la historia de Alaska, uno de sus relatos más instructivos.

Los accidentes de la superficie terrestre, incluyendo los océanos, descansan sobre unas siete u ocho grandes placas subterráneas identificables (una de las cuales, evidentemente, es Asia y otra, Australia), además de una serie de placas menores, claramente definidas; el lugar que ocupan y la relación que guardan entre sí los continentes y los océanos depende del movimiento pausado, casi imperceptible, de estas placas subterráneas.

¿Cuál puede ser la velocidad de una placa? La distancia actual entre California y Tokio es de 9285 kilómetros. Si la placa de América del Norte avanzara sin pausa hacia Japón a la velocidad infinitesimal de 75 milímetros por año, San Francisco toparía con Tokio al cabo de 650 millones de años, solamente. Si el movimiento de la placa fuera de 30 centímetros por año, podría recorrer esa distancia en unos 27 millones de años, lo que no es mucho en términos de tiempo geológico.

Por lo tanto, el movimiento de una formación rocosa desde un punto cualquiera de Asia, del océano Pacífico o de América del Norte en dirección a la incipiente costa de Alaska no presentaba una dificultad insuperable. Con el tiempo, si las placas respectivas avanzaban suficientemente, podía ocurrir cualquier cosa... y así fue.

En una zona lejana y desolada al sur del océano Pacífico emergió hace tiempo una masa de tierra tachonada de islas, desaparecida ya, que actualmente conocemos con el nombre de Wrangelia; de haber permanecido en su sitio, podría haberse convertido en un archipiélago como los de Tahití o Samoa. Sin embargo, por razones desconocidas se fragmentó en dos mitades que avanzaron en dirección norte junto con una parte de la placa del Pacífico, hasta que la mitad oriental terminó en Idaho, a lo largo del río Snake, y la occidental llegó a formar parte de la península de Alaska. Podemos afirmarlo con seguridad, pues los científicos, que han comparado minuciosamente la estructura de los dos segmentos, han comprobado que todos los estratos de la formación rocosa que acabó en Idaho coinciden exactamente con los del que se desvió hasta Alaska. Los estratos rocosos se depositaron al mismo tiempo, siguieron la misma secuencia y muestran idéntico grosor relativo y orientación magnética. La coincidencia es absoluta y queda confirmada por multitud de estratos concordantes.

Es probable que a lo largo de milenios quedaran adheridas al núcleo de Alaska otras formaciones rocosas similares. Quizá un bloque enorme de tierra rocosa, del tamaño de Kentucky, se deslizase inexorablemente hacia el norte, desde un punto indeterminado, y colisionara con lo que allí hubiera. Acto seguido, se producía una hendidura en los bordes de ambos bloques, se alzaban súbitamente montañas nuevas, el paisaje cambiaba radicalmente y el territorio de Alaska aumentaba de forma significativa.

Podría suceder que, alguna vez, colisionaran a cierta distancia de Alaska dos formaciones rocosas de menor ta-

maño, que quedaran unidas y formaran durante milenios una isla situada en algún lugar del Pacífico, se desplazaran después imperceptiblemente junto con su placa en dirección a Alaska, y la alcanzaran un día tan suavemente que ni siquiera los pájaros de la isla percibieran el contacto; pero la antigua isla continuaría avanzando inexorablemente, pulverizando los obstáculos, hasta arrollar la costa de Alaska o hundirse bajo ella, y un observador ocasional no podría detectar dónde o cómo se habría efectuado la incorporación de este nuevo territorio al antiguo.

Es evidente que, tras el empuje de nueve o diez formaciones rocosas contra el núcleo primitivo, ningún punto de su estructura original seguiría en contacto con el océano, pues las nuevas tierras rodearían todas las partes anteriormente expuestas al mar. Se estaba creando una de las mayores penínsulas de la tierra, una inmensa probóscide extendida hacia el continente asiático, que también se hallaba en proceso de formación. Hace unos setenta millones de años, esta península incipiente comenzó a adquirir una forma vagamente parecida a la de la Alaska que conocemos, pero poco después adquirió una peculiaridad que hoy en día no nos resulta tan familiar.

Al parecer, emergió del mar un puente de tierra que conectaba Alaska con Asia, o a la inversa, y que era tan ancho y estable que mantuvo permanentemente en contacto a ambos continentes. La novedad no tuvo grandes consecuencias, pues en la Tierra en aquel momento había pocos animales y todavía ningún ser humano que pudieran beneficiarse de aquel puente surgido misteriosamente, aunque por lo visto unos pocos dinosaurios se aventuraron a cruzarlo desde Asia.

Con el tiempo el puente de tierra desapareció bajo el mar, por lo que Asia y Alaska quedaron separadas; Alaska continuó en libertad para aceptar todas las formaciones rocosas que se le aproximaran, hasta llegar a doblar o triplicar su tamaño.

Ahora estamos en condiciones de observar cómo se formó el relieve de Alaska. Parece ser que, antes de la anexión de las últimas formaciones rocosas, cuando ya estaba casi definida la mitad septentrional del contorno definitivo, la placa del Pacífico colisionó con la placa continental sobre la que descansaba la Alaska primitiva; la fuerza del impacto fue tan intensa y de efectos tan marcados que emergió en dirección este-oeste una enorme cadena montañosa, más tarde conocida como cordillera de Brooks. En la zona sin nieve ni vegetación situada al norte de la cadena, mucho más allá del Círculo Ártico, surgió una multitud de pequeños lagos, tan numerosos que nunca nadie los contó.

Al principio esta cordillera, que estaba compuesta misteriosamente por bloques superpuestos de piedra caliza, alcanzaba gran altura; pero con el tiempo la erosión del viento, los hielos, las roturas y la lluvia estival rebajó a 2000 o 2500 metros los picos más altos, convirtiéndolos en los muñones de montañas que habían alcanzado en otros tiempos el doble de esa altura. A pesar de todo, siguieron formando una respetable cordillera, esencia de la auténtica Alaska.

Había amplios valles que se desplegaban más hacia el sur, iluminados por el sol en invierno y en verano, en los que a veces hacía un frío intenso, pero que la mayor parte del año disfrutaban de una temperatura agradable. En esa zona sí nevaba, vivían animales y todo estaba dispuesto para la llegada del hombre, que no se produjo hasta muchos milenios después.

En un período muy posterior, Alaska comenzó a recibir una nueva serie de formaciones rocosas de orígenes muy diversos, que completaron su contorno principal; llegaban con una fuerza tan tremenda que no tardó en alzarse una nueva cadena montañosa, paralela a la cordillera de Brooks pero situada unos 500 kilómetros al sur. Era la cordillera de Alaska, una majestuosa sucesión de picos escarpados menos antiguos que los de la Brooks, y no erosionados toda-

vía. Estos picos jóvenes, muy elevados, de contorno afilado y gran envergadura, hieren la atmósfera gélida a alturas de 3500, 4000 y 6000 metros. La gloria de Alaska, el monte Denali, supera los 6000 metros y es una de las montañas más impresionantes de las Américas.

La vieja cordillera de Brooks y la joven Alaska cruzan la región como dos espinas dorsales gemelas y ofrecen una espesura de cimas poderosas, algunas de las cuales todavía no han sido pisadas por el hombre. Vista desde el aire, Alaska parece a veces formada solamente por cumbres, miles de cumbres, muchas de las cuales ni siquiera tienen nombre, en tan diversa y nevada profusión que bien podría llamarse a Alaska «la tierra de las montañas».

Y cada una de ellas se formó cuando algún segmento de la placa del Pacífico arrasó en su camino a la placa norteamericana, se hundió por el borde y provocó una conmoción tan tremenda y un movimiento de fuerzas tan grande que a consecuencia de ello surgieron las grandes montañas. Quien contempla las gloriosas montañas de Alaska puede ver la prueba de la potencia con que la placa del Pacífico va avanzando lentamente hacia el norte y el este; si visita Yakutat, puede observar cómo la placa empuja a Alaska al ritmo fijo de cinco centímetros por año. Como veremos más adelante, esta presión provoca grandes terremotos en la zona; y, no muy lejos, el monte San Elías, de 5640 metros, es más alto cada año.

En otra región de Alaska se revela aún más claramente la actividad de la gran placa del Pacífico. Al principio, en la zona occidental de lo que después sería la tierra firme de Alaska no había más que aguas turbulentas, pues en ese punto entraban en contacto el mar de Bering con el océano Pacífico, y en las olas oscuras que señalaban el encuentro vivían aves acuáticas que sobrevolaban el agua en busca de pescado, junto con focas, morsas y uno de los animales más simpáticos de la naturaleza: la preciosa nutria marina, con su cara redonda y bigotuda como la de un viejo burlón.

También nadaba en esas aguas el pez que, con el correr del tiempo, daría fama a Alaska: el salmón, de cuya vida apasionante hablaremos en otro capítulo.

Las colisiones entre las placas dieron lugar a una magnífica cadena de islas, las Aleutianas, y también a dos de los fenómenos más espectaculares de la naturaleza que se manifiestan en la zona: los terremotos y los volcanes.

De los diez terremotos más intensos que ocurren en una época determinada en toda la superficie del planeta, tres o cuatro se producen en las Aleutianas o cerca de ellas; algunos de los más destructivos son los que se originan en el seno del océano, a gran profundidad, porque provocan unos tremendos deslizamientos de tierras que desplazan millones de toneladas de suelo submarino. Como consecuencia se forman unas olas inmensas bajo el agua, que se manifiestan como maremotos gigantescos, llamados también *tsunamis*, recorren todo el Océano Pacífico a velocidades que pueden superar los 800 kilómetros por hora.

Por consiguiente, un terremoto submarino acaecido en las islas Aleutianas supone un peligro en potencia para las islas de Hawai, dado que, seis o siete horas después de producirse en Alaska, el tsunami resultante puede alcanzar Hawai con una fuerza devastadora. El tsunami se expande silenciosamente, sin provocar olas más altas de un metro en la superficie del agua, transmite radialmente su energía, y continúa su curso, si no encuentra obstáculos a su paso, hasta que se disipa. Ahora bien, si topa con una isla, esas pequeñas olas no más altas de un metro aumentan de tamaño con lentitud pero implacablemente, hasta que la tierra queda cubierta por casi dos metros de agua. La inundación, por sí sola, no resulta muy peligrosa; pero cuando el agua acumulada se precipita de nuevo en el mar puede provocar muertes y graves destrozos.

En las islas Aleutianas se producen incontables terremotos, miles en un siglo, la mayoría de los cuales, afortunadamente, son poco importantes y, si bien muchos de los terre-